

A pesar de la confianza que entre nosotras existía, evité hacerle preguntas que parecerían impertinentes. Guardé para mí la curiosidad.

—¿Tu mamá sospechó algo de lo que me estás contando?

—No creo. No me hizo ningún comentario o insinuación al respecto, jamás noté algún indicio de sospecha. Por el temor que me inducía el funesto tipo yo lo ocultaba, me contuve hasta donde pude para no explotar en mil pedazos. Mis emociones estaban encontradas, me pasaba noches enteras sin dormir. Cuando me casé, aunque había decidido no contarle a mi marido nada de lo sucedido, en alguna ocasión titubee. Creo que hasta la fecha he actuado con madurez.

—Mientras yo estuve casada con Bladimir —le expliqué a mi amiga—, me platicaban cosas que hacían los hermanos, pero no fue sino hasta que murió que me enteré hasta donde llegaba su perversidad. No se cómo cabía tanta bajeza en el corazón de esas personas. Dios los tenga por perdonados.

Habían pasado tres horas de plática, el día se había nublado, el viento frío anunciaba que podría llover. Vi mi reloj, en tono suplicante le dije:

—Quédate a comer conmigo, Rossina, vivo sola, mi hijo está viviendo en Estados Unidos, se casó con una española de la misma profesión, le va muy bien.

—Gracias Zalia —me contestó— pero no puedo, tengo el compromiso de acompañar a mi marido a comer con su hermana, es su cumpleaños, nos reuniremos en un restaurante del centro. Se me hizo tarde, pero en taxi llegaré rápido.

—Que te lleve mi chofer...

—No, por el momento te necesito en el anonimato, tú me comprendes. Después lo haré, en cuanto supere este mal habido trance; faltaría muy poco, platicar contigo ha sido la mejor terapia.

Mi amiga se levantó del asiento, tomó su suéter color perla adornado con lentejuela en el frente, se lo puso, dio media vuelta, caminó hacia la puerta, se detuvo para observar una fotografía mía colgada en la pared, no hizo comentarios. En la banqueta nos abrazamos, prometió regresar una semana después, le pedí que antes me llamara por teléfono; sacó de su bolso una pluma y una libretita, anotó el número, regresó los instrumentos al bolso; pasó un taxi, se subió a la parte trasera. Cuando el auto inició la marcha volteó hacia mí, agitó la mano en señal de despedida.

En sus palabras sonaba el abatimiento emocional por el que atravesó.

Entré a la casa, cerré la reja con ambas manos, luego la puerta con la izquierda. “Fueron las personas más demoniacas de la tierra” pensé de mi difunto marido y su hermano. Dicen que está escondido de la justicia, dicen que lo mataron; quién sabe...

Yo también necesitaba platicar con una amiga con quien compartir mis penas. Y qué mejor que fue con alguien de mis afectos, como Rossina. A partir de ese

momento se aligeró el pesado fardo que desde hace muchos años llevaba sobre mis hombros. Juntas podíamos drenar nuestras heridas.

Me acerqué al comedor, sujeté el respaldo de la silla, la retiré de la mesa, me senté, fijé la mirada en las copas de cristal cortado que estaban en la amplia vitrina. Coloqué los codos sobre la mesa, entrelacé mis dedos formando un soporte para descansar la barbilla, me hundí en mis recuerdos.

Esa misma tarde, antes de ausentarse el día para darle entrada a la noche, tomé un libro del librero, alguien me lo había obsequiado en mi reciente cumpleaños. Subí a mi recámara, me asomé a la calle de Versalles, vi a los que entraban al cine. Me senté en la mecedora colocada en el ventanal con cristales biselados. Inicié la lectura. Llovía. Los intermitentes hilos de agua del alero caían al piso, formaban charcos. La pérgola de la casa estaba bajo el azote de la pertinaz lluvia. La gente que caminaba por las banquetas se protegía con paraguas de diferentes tamaños y colores. Los más llevaban impermeables. Leí durante dos horas y media. Una vez que desapareció la lluvia, me asomé a la calle otra vez, la repasé con la vista de un lado a otro; el espejo de agua no había desaparecido. El aire soplabla frío. Medité largo rato, concluí que debía desechar los remordimientos. Bajé a la cocina, ordené la cena. “En ésta ocasión solamente café, pan de chinos que fueron a comprarme, y un sándwich”, le dije con voz suave a la cocinera.

Cené, me despedí de mis criados, subí a mi recamara. Cavilé por espacio de una hora, me quedé dormida cerca de las diez y media de la noche. No tuve sobresaltos durante el sueño. Eran las siete de la mañana del siguiente día. Al descorrer las cortinas advertí que el sol había desintegrado las nubes negras. “Será un día sin lluvia”, pensé. Agradecí a Dios el reencuentro con mi amiga. Ese día comí temprano, a las cuatro y media de la tarde tenía cita con el Psiquiatra.

CAPÍTULO 20

Aquella mañana de sábado sonó el teléfono, lo descolgué, contesté, le reconocí la voz, era Rossina. En tono alegre le expresé:

—Me da gusto que me llames, Rossina, me estaba acordando de ti.

—Yo también me he estado acordando de ti, Zalia.

—¿A qué hora te espero? —repuse—, bueno, te invito a comer, te quedas a dormir como lo hacíamos cuando chamacas... ¿te acuerdas?

—Claro, me acuerdo como si fuera ahorita —afirmó.

Ordené a mi cocinera que preparara comida especial por la distinguida visitante que me había anunciado su arribo. A las dos de la tarde mi amiga se bajaba del taxi que la condujo. Llamó a la puerta, salí a recibirla, nuestros brazos se extendieron para

rodear nuestros cuerpos, permanecemos así unos instantes, la invité a pasar. Mi chofer recibió el pequeño beliz que contenía su ropa, lo subió a la recámara que para ella había dispuesto.

La llevé al comedor para platicar mientras nos servían la comida. Una guacamaya de dorso azul, pecho amarillo y ojos rojizos, gritaba fuerte dentro de su jaula colgada en el jardín posterior de la casa. La observó Rossina a través de los cristales de las ventanas del comedor. La cocinera nos ofreció agua de sandía. Rossina me comentó que de Cuernavaca a México se había trasladado en autobús. Un accidente entre dos vehículos retrasó su llegada por 30 minutos, me platicó.

Durante la comida platicamos sobre nuestras vidas. Reconocimos que la mala suerte se había apoderado de nosotras. Hicimos un comparativo de quién había sufrido más. Nos preguntábamos si era castigo de Dios o, en cambio, nos tuviera sorpresas agradables para la última parte de nuestras vidas. Terminamos de comer, nos mudamos a la sala. A las siete de la noche salimos a comprar pan y bísquits en el café de chinos para comerlos más tarde. Estando ahí decidimos ocupar una mesa para comer el pan que habíamos elegido. Pedimos chocolate a la francesa. Dos tipos entraron al café, uno de ellos se detuvo para saludarnos, se dirigió a mí para expresarme sus deseos de vernos después para comentar algo que podía interesarme.

—Vengo a diario —me comentó—, podemos coincidir aquí para platicar.

Al retirarse el tipo, me confirmó Rossina que era de Papantla. Sabía que salió de allá por un problema con Bladimir. A las nueve y media de la noche salimos del café rumbo a la casa. Las dos ocupamos el asiento posterior del auto. Coincidimos en que la plática resultó reconfortante. Llegamos a la casa, entramos al garaje, pasamos a una pequeña sala donde estaba el tocadiscos; escuchamos música de nuestra época juvenil.

Las primeras notas musicales inspiraron a Rossina. Se acomodó en el sillón Luis XV, le dio un sorbo al vaso con agua simple, colocó sus brazos en los descansabrazos, cruzó las piernas, respiró hondo, retomó la plática de la vez anterior que me visitó. Inició la conversación tratando de describir aquella experiencia oscura de su vida.

—Como te decía la vez pasada, los deseos insanos del energúmeno quedaron saciados al violentar mi cuerpo y sumir mi inocencia en un aturdimiento tremebundo. No supe de mí —hizo una larga pausa, me miró, dijo:

—Zalia, no debo seguir hablando de esto, la conversación de aquella vez que estuve aquí, me alivió lo suficiente, debo cerrar este caso. Me comprometo ante ti a no llevarlo más sobre mi cabeza. Hay algo que deseo comentarte —continuó—, amiga. Han pasado cosas y tiempo, no creo herirte con lo que te voy a decir. Hace

como año y medio, mi marido y yo bautizamos al hijito de una sobrina que vive en Cuernavaca. Su papá, mi primo, es doctor, platicó con nosotros. Salió a relucir el nombre de tu difunto marido. Nos comentó que lo conocía bien, que lo que lo llevó a la muerte fue el contagio de un virus que debilita al sistema inmunitario. Se contrae por relaciones homosexuales.

—Sí, lo sé, Rossina. Me lo acaban de decir, le nombran sida.

Esa noche nos acostamos cerca de las doce de la noche. Me hizo jurar que escribiría una novela de mi vida, aunque sustituyera los personajes reales; y le cambiara nombre a los lugares. Le dije que sí lo haría.

—Me comprometo contigo a que la próxima vez que nos veamos tendré, al menos, el primer capítulo.

Regresó a Cuernavaca a reencontrarse con su familia. Le di mi palabra que en una próxima oportunidad yo la visitaría en la ciudad de la “eterna primavera” para conocer a su familia. Estaba segura que lograría estimarlos como si fueran de mi familia.

QUINCE DÍAS DESPUÉS que Rossina estuvo en mi casa, le llamé por teléfono para comentarle que estaba bastante preocupada.

—Hola, Zalia —me respondió—, qué sorpresa tan agradable recibir tu llamada.

—Amiga querida, te estoy llamando para comentarte que me hice unos exámenes de laboratorio porque me he venido sintiendo mal, bastante débil. El apetito ha disminuido, casi no me da hambre; no tengo ganas de hacer nada...

—Y... ¿Cuál fue el resultado de tus exámenes de laboratorio?

—Me detectaron ese maldito virus... ¡Tengo sida!

—¡Cómo...! ¡No es posible, amiga! Tantos años...

—Sí, durante todos estos años había estado alojado en mi cuerpo sin manifestarse, pero ahora...

—¡No puede ser...! ¡Maldito hombre! ¡Desde la tumba te sigue dañando! —gritó mi amiga con furia—. Mañana temprano salgo para México, llego a tu casa.

El reloj de pedestal que estaba en el estudio daba las doce campanadas. Me levanté del asiento, miré al cielo a través de la ventana; grité:

Dios mío, ¿Por qué? ¿Qué hice...? Sé que no me contestarás... Pronto lo sabré... A mi hijo protégelo, te lo ruego.

FIN